

el mundo del teatro breve por asumir en sus personalidades valores sociales positivos o negativos por completo. La supuesta «normalidad» en la acción consistiría, de acuerdo con la introducción, en el seguimiento de una serie de conceptos aceptados por el código social de la época: vitalidad, religiosidad, cultura y civilidad.

El primero de ellos reniega de la feminitud de los abates y la afectación de los petímetros para ensalzar el viril comportamiento de los majos y la frescura de las majas como «portavoces de una normalidad moral y hasta castiza» (p. XLVIII). Otro concepto clave es la religiosidad que, a diferencia de la iconografía áurea, es en el neoclásico sinónimo de afeminamiento. Los últimos conceptos –cultura y civilidad– son también términos básicos que suelen hacer referencia a la ostentación pedante de la ignorancia por un lado, y al buen o mal conocimiento de las reglas sociales por otro. La no adecuación del personaje a dicha «normalidad» animalizará o cosificará al personaje-tipo produciéndose un efecto cómico basado en el ridículo.

Los sainetes de González del Castillo suponen una renovación y actualización de unos esquemas actanciales heredados del teatro del siglo de oro que resultaban anacrónicos para el espectador. El gran acierto del gaditano fue la escenificación «gaditana y andaluza» de temas y situaciones, explorados por Ramón de la Cruz en sus piezas breves, que el gran público sentiría cotidianos e imagen de los cambios sociales del momento: «las relaciones extramatrimoniales, el cortejo, la oposición entre majismo y petimetría, y el plebeyismo de ciertos sectores acomodados atraídos por la creatividad popular» (p. LI).

La edición de Alberto Romero Ferrer y Josep Maria Salas Valldaura de *Sainetes escogidos* de Juan Ignacio González del Castillo no goza solo del interés por recuperar para el canon literario a uno de los nombres más significativos del teatro breve dieciochesco, sino que, más allá del

mero ejercicio de arqueología literaria, ubica al creador gaditano dentro de la tradición del sainete y declara su gran influencia en la dramaturgia española de los siglos XIX y XX.

PAULO GATICA COTE

DURÁN LÓPEZ, Fernando; ROMERO FERRER, Alberto y CANTOS CASENAVE, Marieta (eds.). *La patria poética. Estudios sobre literatura y política en la obra de Manuel José Quintana* Madrid - Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2009, 589 pp.

Con el atinado y sugestivo título de *La patria poética* aparece esta edición colectiva de estudios sobre Manuel José Quintana (1772-1857), personaje singular y polifacético, de agitada y dilatada vida y significativa obra, entre la Ilustración de Carlos III y el reinado de Isabel II. Insertado en ese largo contexto, la autoría conjunta parece la mejor manera de superar el *tour de force* que plantean cantidad de documentación y las características del escritor y su época. Es también un excelente modo de enfrentarse a la etiqueta académica de trabajos «definitivos» que ostentan los de Albert Dérozier: la edición de las *Poesías completas* (1969, Castalia) y su *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España* (1978, Turner), que se proponen revisar los editores, miembros del activo Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz. Para destacar la doble faceta de literato y político de Quintana, constructor de una idea de patria a partir de la literatura, los XIX capítulos han sido dispuestos en los siguientes apartados: «El literato», «De la literatura a la política y viceversa» y «El político».

Como literato, Quintana se inició con la poesía precozmente, según señala Mi-

guel Ángel Lama, aunque no fue un poeta prolífico: lo publicado en sucesivas ediciones desde las *Poesías* (1802) hasta sus *Obras completas* (BAE, 1852) apenas llega a la treintena de poemas. Porque para Quintana la poesía suponía una selección rigurosa y el poemario, un todo orgánico. Por otro lado, movido por un concepto utilitario de la poesía, apuesta por los temas graves (históricos y patrióticos, amistad, naturaleza, circunstancias, ideales del siglo) en detrimento de los sentimientos íntimos. No obstante, estos fueron tratados e incluso tuvieron su importancia, como confirma el estudio del poema «A Luisa Todi después de cantar por última vez *La Aminta y Dido*», escrito en 1795, que realiza María Rodríguez.

También en terreno poético, María Elena Arenas Cruz revisa las relaciones entre el grupo de Moratín, en el que participaba el catedrático de Griego Pedro Estala, y el de Quintana, alumno suyo en Salamanca, auspiciado por Meléndez y Cienfuegos. En Madrid el maestro encargó a su ex alumno los prólogos de dos tomos de la «Colección de poetas castellanos» que dirigía. Pero las afinidades se desvanecieron a principios del XIX con las críticas del grupo moratiniano de los «acalófilos» o amantes de lo feo a las innovaciones de Meléndez y Cienfuegos y sus seguidores; continuaron a propósito del *Compendio de Lecciones de Blair* por Munárriz (1805), de los segundos; y culminaron con un enfrentamiento político en 1813, que situó en un lado al afrancesado Estala y en el otro al liberal Quintana.

La importante dimensión de Quintana como historiador de la literatura y antólogo es sometida a examen por José Lara Garrido en un sólido artículo que se propone clarificar la génesis de sus *Poesías selectas castellanas* (1807-1833), la cual, perdidos los manuscritos autógrafos, documenta otros textos suyos como su epistolario. En un apéndice se ofrece la ficha catalográfica completa de las ediciones de

1807, 1830 y 1833, lo que permite seguir la evolución del programa histórico-crítico de Quintana, cuya segunda edición amplía la antología poética, que abarca del siglo XV al XVIII, con más autores de este siglo –del que, como se destaca, Quintana ofrece el primer panorama completo– y un apéndice con otros del XIX; y añade unas «Observaciones críticas» sobre los textos antologados. Si la «Musa épica» (1833) apareció como añadido específico sobre el género épico, las reimpressiones de la obra dentro de la prestigiosa colección de Baudry (1838, 1840) permitieron el conocimiento de la tradición literaria española fuera de nuestras fronteras. Complementando ese estudio, Jesús Cañas Murillo se centra en el corpus del siglo XVIII editado y comentado por Quintana, del que destaca su valor para el estudio científico de la poesía de la Ilustración, cuya visión estuvo en vigor durante 150 años.

Buen conocedor de la literatura española, Quintana también fue cervantista, autor de la biografía que precedió al *Don Quijote* de la Imprenta Real (1797), según analiza Francisco Cuevas Cervera, quien destaca el éxito editorial obtenido y sus causas. Ese texto pasó a sus *Obras Completas* (1852), donde el autor corrigió errores, eliminó juicios negativos sobre otras obras de Cervantes y añadió datos y reflexiones de otros escritores. Muy acertadamente, se observa que Quintana mantiene resabios neoclásicos como la función moralizante de *Don Quijote* aunque preconiza la valoración romántica de su biografiado, genio creador dotado de portentosa imaginación y héroe pobre e incomprendido.

En este sentido el Quintana de los románticos fue, como apunta González Subías, un poeta patriótico, reivindicado como tal por la joven generación literaria, que promovió sus *Obras Completas* y su coronación en el Senado por Isabel II en 1855. Sin embargo, según continúa el análisis, Quintana pasó de moda poco después

de ser coronado y murió olvidado dos años después. Si para el Romanticismo progresista fue un adelantado del movimiento, para los conservadores como Cuetos o Alcalá Galiano no podía ser uno de los suyos por sus posiciones políticas, que vinculaban la estética neoclásica y las ideas de la Revolución Francesa.

El segundo apartado, dedicado al terreno mixto de la literatura y la política, que transitó Quintana, se inicia con un repaso a su faceta de editor del periódico *Variedades de ciencias, literatura y artes* (1803-1805), a cargo de José Checa Beltrán, quien destaca cómo, a pesar del ambiente de retroceso de las ideas ilustradas, el periodista mantuvo sus posiciones ideológicas y la calidad literaria e intelectual. Lo analiza asimismo como ejemplo del nuevo periodismo, cívico, dialogante con un nuevo lector ilustrado y crítico con la Iglesia y con la monarquía por sus posturas sociales. Y destaca con tino sus propuestas literarias, que incluyen la literatura comprometida con la realidad y la literatura innovadora, un «neoclasicismo heterodoxo», que antepone la imaginación a la imitación y anticipa el concepto de genio romántico y que apuesta, muy moderno, por un canon más «temporal».

Según aborda Raquel Rico Linaje, Quintana concibió «la patria poética como revolución», un lugar en que todos fueran iguales ante la ley que desarrolló en diversas publicaciones: poemas con contenido ideológico editados entre 1802 y 1813 y artículos del *Seminario Patriótico* en 1808, que se comentan con detalle incidiendo en las posiciones políticas de su autor.

No en vano, Quintana trataba de rendir servicio a esa patria mediante sus escritos, y a ello contribuyó con las *Vidas de españoles célebres*, un proyecto de construcción de la historia literaria nacional del que fue pionero, interesado desde sus primeros poemas por la historia para convertir a la patria en territorio común de

libertad y bienestar, como precisa Alberto González Troyano. Sin embargo, las *Vidas*, del Cid al Gran Capitán y de los personajes del Nuevo Mundo, en los dos únicos tomos aparecidos, solo narran las acciones bélicas de los biografiados, a las que se suman digresiones ideológicas muy forzadas. Sus personajes así resultan «más heroicos que patriotas, más patriotas que liberales. Patriota y liberal, ninguno» (p. 264). Como muy bien indica González Troyano, Quintana no puede obviar la veneración ilustrada del historiador por el documento, cuyo fin es exaltar al héroe, antes de que los románticos inventen una historia liberal.

La tarea de las *Variedades de ciencias, literatura y artes*, en que Quintana hace crítica literaria como servicio público, tiene su continuidad con el *Semanario Patriótico* (1808, 1810-1812), ejemplo ya de un periodismo político en un contexto de libertad de imprenta *de facto*, que estudia Marieta Cantos Casenave. Su análisis pormenorizado de diversos textos ahí publicados sirve para exponer el perfil ideológico del escritor, partidario de un teatro con papel político y crítico con la monarquía absoluta, lo que suscitó sonadas polémicas.

Engarzando con lo anterior, Alberto Romero Ferrer revisa la faceta teatral de Quintana, de quien ofrece una clarificadora cronología, desde el ensayo *Las reglas del drama* (1791) a las sucesivas ediciones y estrenos de sus dos piezas dramáticas: *El duque de Viseo* (1801) y *El Pelayo* (1805), junto a otros eventos teatrales. Inserto en un momento de cambio del teatro español, Romero subraya, por un lado, la evolución del escritor clasicista hacia el repertorio antiguo y la tradición nacional, vinculados con la idea de patria y nación de las Cortes gaditanas; y por otro, su valoración de ese género como el de más alcance. *El Pelayo* merece luego el análisis particular de José Luis Campal Fernández, que repasa sus antecedentes (*La Homersinda* de

Moratín padre, *La muerte de Munuza* de Jovellanos); el cambio del Pelayo dеспota ilustrado de este último al del orden liberal de Quintana, quien transmite el ultraje cometido a las raíces identitarias y a la independencia política; y su éxito, basado en su mensaje «progresista» y en la actuación del celebrado Isidoro Máiquez.

Síntesis y estupendo colofón al apartado, Joaquín Álvarez Barrientos presenta a Quintana como ejemplo del nuevo intelectual: un literato que, ya la segunda mitad del siglo XVIII, traspasa la mera erudición e interviene en política, apoyado en los periódicos para captar la opinión pública. Desde los diferentes ámbitos de su actividad político-literaria, Quintana, además, construyó una imagen de sí mismo, un «monumento», y eligió su papel en la sociedad, por el que fue reconocido: su ingreso en las Academias; la edición de sus *Obras completas* (BAE, 1852), primera de un autor vivo en ese «panteón literario»; y, sobre todo, su mencionada coronación por la Reina, promovida por los jóvenes liberales, que lo consideraban su maestro. El artículo finaliza con los cambios percepción sufridos por el autor tras su muerte hasta principios del siglo XX.

El último apartado, centrado en la vertiente política de Quintana, lo abre el interesante análisis de José María Portillo sobre el papel de la memoria liberal en la crisis de la monarquía, que, convertida en solución constitucional, requería un nuevo sujeto (la nación española) y una nueva institución representativa (las Cortes); además, de un nuevo tipo de patriota: el que lucha contra José I por la libertad e independencia, cuya encarnación Quintana vio en Cienfuegos. A la concreción de la nación, antes sujeto literario que político, contribuyó el buen patrício Quintana con sus *Variedades de ciencias, literatura y artes*; poemas como la oda «Al armamento de las provincias españolas contra los franceses»; y sus escritos para la Junta Central.

En este contexto, Nuria Alonso Garcés estudia la amistad de Martín de Garay y Quintana y su colaboración en la Secretaría General de la Junta Central. La investigadora puntualiza que, a diferencia de la creencia general, muchos de los manifiestos y proclamas de la Junta no fueron obra de Quintana sino del primero; asimismo, repasa los problemas que ambos vivieron en las Cortes y trata de clarificar las diversas posiciones que adoptaron al regreso de Fernando VII.

El extenso artículo de Fernando Durán López hace *pendant* con el de Álvarez Barrientos, pues si Quintana quiso erigirse en monumento, este proyectó una sombra, la de la leyenda negra construida en torno a él entre mayo y octubre de 1811 con una dura campaña de la prensa libre combinada con la acción parlamentaria. Con ameno estilo narrativo, Durán documenta sus orígenes en la antigua enemistad literaria entre Quintana y Capmany, enfrentados por ser los portavoces literarios de la nación, y la enlaza con los intentos del grupo del primero de influir en el ejecutivo, que fructifican al ser nombrado Secretario de la Cámara y Real Estampilla. El detonante de la campaña fueron tres proclamas suyas para la Regencia, que suscitaron las iras del catalán por escrito; luego pasaron al debate parlamentario, del que derivó la dimisión de Quintana de su reciente cargo; y finalmente, se prolongó con los ataques serviles contra el *Seminario Patriótico* a propósito del clero. En todo ello destacó la estatura cívica del personaje, que no renunció a sus ideas ni abominó de la libertad de imprenta ni la utilizó para responder a los ataques.

Antonio Viñao Frago aborda la destacada faceta pedagógico-educativa de Quintana, quien fue reformador de la educación en tanto que autor principal de documentos como el *Informe de la Regencia para el arreglo de la Instrucción Pública* (1813) y el *Proyecto de Decreto* de 1814, los cuales contienen el ideario educativo del

primer liberalismo. Por otro lado, sus diferentes escritos manifiestan una inclinación pedagógica y utilitaria muy ilustrada; de ellos Viñao analiza oportunos ejemplos, que sitúa en la tradición cívica republicana y que lo convirtieron en el maestro de la primera generación liberal.

Por último, como acertada conclusión, Emilio La Parra se detiene en las *Cartas a lord Holland*, donde Quintana analiza el fracaso del Trienio Liberal desde su destierro Cabeza de Buey en 1823-1824. Su diagnóstico, «uno de los análisis más lúcidos desde la óptica del liberalismo moderado» (p. 575), apunta a la contraproducente participación de sectores exaltados en la vida pública y a los propios vicios del sistema constitucional: el carácter del Rey, decretos inoportunos de las Cortes, la personalidad de Riego, la división del liberalismo y el factor económico. A ello coadyuvaron la falta de un gobierno capaz, la indiferencia del pueblo –condicionado por su escasa educación– hacia el constitucionalismo y el aislamiento internacional, aunque Quintana percibió un futuro sin absolutismo, en el que habría de imponerse un «régimen de libertad» no revolucionario.

En definitiva, lo que este conjunto de estudios –variado, comprehensivo y atinadamente seleccionado–, ofrece al lector es la biografía intelectual de un personaje significado y significativo, que representa los ideales de la Ilustración, que advierte la sensibilidad romántica y que exemplifica las ideas del primer liberalismo. Así, la perspectiva interdisciplinaria adoptada resulta necesaria y encomiable, si bien el carácter de obra colectiva puede producir que algunos contenidos se repitan pero que falte una atención específica a la *Memoria* escrita por Quintana preso en Pamplona; o que algunos datos difieran al manejarse diversas ediciones (p. e., las *Vidas de españoles célebres*, pp. 262 y 346, en que la datación y número de tomos resulta confusa), lo que se hubiera solucionado

con la elaboración de una bibliografía general de los escritos del autor.

Manuel José Quintana fue literato y político de manera indisociable, según se han propuesto mostrar los editores de esta miscelánea y según han conseguido dibujar los valiosos análisis de los diversos especialistas participantes en ella; de esta manera subsanan su olvido por los manuales de la literatura española, seguramente por su producción escasa e hija de otro canon. Sobre la base de la interpretación rigurosa de su obra escrita, estos *Estudios sobre literatura y política* demuestran la envergadura de alguien que encarnó a un nuevo hombre de letras: el que concebía la literatura como edificadora de la conciencia colectiva desde la patria común de la lengua y la nación literaria; y a la vez reconstruyen el vasto contexto en el que tanto intervino, el de la crisis del paso del siglo XVIII al XIX.

MARÍA DOLORES GIMENO PUYOL

SÁNCHEZ HITA, Beatriz. *Los periódicos del Cádiz de la Guerra de la Independencia (1808-1814). Catálogo comentado*. Cádiz: Diputación de Cádiz/Cultura Publicaciones, 2008, 374 pp. Colección Bicentenario.

Los estudios que se dedican a la descripción y catalogación de fuentes, son siempre bien recibidos, pues es evidente la gran aportación que suponen al registrar y ordenar un material que a primera vista parece inabordable, si no inaccesible. Sin embargo, aún lo son más aquellos que se elaboran con un material tan efímero y volátil como el papel diario, cuya función es la de comunicar y valorar la actualidad más reciente del día a día. No obstante, la presente colección catalogada cobra un interés mayúsculo cuando además de lo señalado el periodo tratado es una